

Lo nuevo que está por verse

(Pequeña crónica del Simposio/Festival
«Un escenario propio» celebrado del 5 al 8 de Octubre
en Cincinnati, Ohio. 1994)

por Margarita Borja*

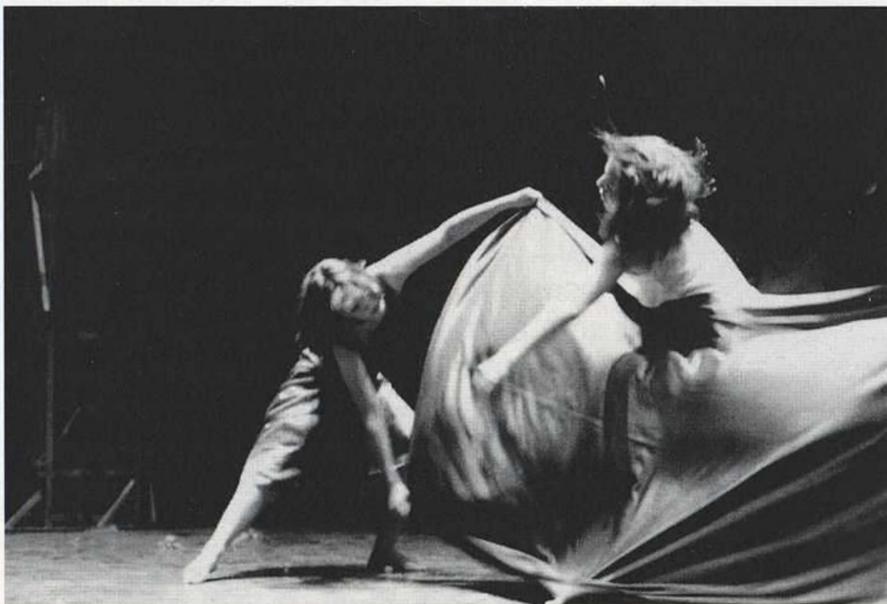
L Comenzaba Octubre. La benignidad de la temperatura no retrasaba el espléndido milagro. Las luces de oro y púrpura del arbolado urbano nos recibían. Estábamos en la diáfana y armónica ciudad de Cincinnati. Nos acogía un moderno hotel de alfombras multicoloridas y múltiples salas y salones de reunión. A lo largo de cuatro días, tan hermosos e intensos como el Otoño de

La mañana, desde bien temprano, y el centro del día estaba dedicado al Simposio. Hacia la hora crepuscular, cuando el Ohio se torna culebra nacarada, atravesábamos un puente de hierro azul, sonoro como un órgano, que nos conducía a la vecina ciudad de Covington, en el estado de Kentucky. Allí, en el centro de una boscosa barriada de casas de película, nos aguardaba el viejo (de doscientos años) Carnegie. Neoclásico en sus fachadas y en su planta, el teatro, sede de las representaciones del Festival, se hallaba en situación de lamentable deterioro. En un abrir y cerrar de ojos no parecía sino que nos hubiéramos trasladado de la opulenta Norteamérica, que planta con desenfado sus elocuentes arquitecturas de espejos, al martirizado corazón de algún teatro de la europea Sarajevo.

nes teatristas que se habían empeñado en devolverle la dignidad y el uso a ese espacio de excelente acústica y bella factura arquitectónica. Su afabilidad y buenos oficios, además de resolver numerosos problemas contribuyó al extraordinario clima de comunicación abierta que se dio a lo largo de todo el Festival.

Queda fuera de mi posibilidad elaborar una reseña suficiente de tantas, tantísimas intervenciones interesantes como escuchamos a lo largo del Simposio, o proporcionar la medida justa de las variadas y ricas emociones teatrales que se compartieron en aquellos días tan repletos de actividad. Las ocupaciones derivadas de nuestra representación de "Helénica" nos imposibilitó la asistencia regular en los primeros días. Pero deseo transmitir dos cosas. En primer lugar, lo válida y oportuna que ha resultado ser la convocatoria lanzada desde el Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad de Cincinnati por las conocidas hispanistas Patricia O'Connor y Kirsten Nigro. Ellas sabían que no sabíamos que somos muchas más de lo que se supone, las mujeres que escribimos para el teatro, o nos ocupamos de tareas de dirección. Que hay países como Puerto Rico, México, Brasil o Argentina con un importante legado teatral de autoras y dramaturgas, casi ignorado en España y al revés. Y opinaron que va siendo hora de enmendar esas continuadas omisiones.

El segundo propósito que ha guiado estas líneas ha sido la gana de comentar uno de los monólogos recibido con mayor efusividad unánime: *Enigma de mujer* de Aleyda Morales. La protagonista, una adolescente desgachada



"Helénica, poemas para el público", de Margarita Borja. Dirección: Luis Alvarez Auzzani. Teatro de las Sorámbulas. (1994). (Foto: Andy Sotiriou).

afuera, mujeres del teatro de habla española de muchos países tuvimos la oportunidad de conocernos, presentar nuestras obras, intercambiar pareceres y experiencias o exponer nuestras propuestas teóricas y críticas, nuestro modo de situarnos cada cual frente a la creación escénica.

* Autora y directora del Teatro de las Sorámbulas.

maño del impacto de un obús en los entretrechos mostraban el fulgor plateado de las gruesas arterias vendadas. Paramentos de ladrillo remendados en yeso. Hileras de butacas diferentes entre sí. Adornos de escayola desvaídos de color... hacemos lo que se puede, poco a poco, decía John tras explicarnos que robaron los tejas de cobre de la cúpula, que sobrevino el aguacero, la tormenta y su aparato eléctrico, Era uno de los jóve-



"Helénica, poemas para el público", de Margarita Borja. Dirección: Luis Alvarez Auzzani. Teatro de las Sorámbulas. (1994). (Foto: Andy Sotiriou).

con gorra de visera y atuendo de muchacho en el inicio, escucha música y masca chicle. Tras unos instantes se enfrenta al público reivindicando sus derechos como mujer porque vivimos en una democracia. De forma chispeante y agilísima, la estudiante relativiza la sabiduría de su profesor de historia, el éxito de las telenovelas que se han exportado a Rusia como si fueran factores de civilización y progreso, e ironiza sobre la prohibición de nacimientos en China en relación a la superpoblación de niños en Brasil. Una y otra vez insiste: "Conozco mis derechos" y se emancipa de su profesor de historia, en quien no cree, porque, sobre todo, se preocupa de "sus" derechos, "que nada tienen que ver con los míos o con los de su mujer". No es lo mismo decir "soy una mujer liberada" que "soy un ser libre", reconoce y prosigue, "pero si todas las mujeres tenemos derechos, eso no quiere decir que se respeten nuestros derechos, que es otra cosa". «Según contó mi abuelita a mi mamá, que le había contado su bisabuela, que mi madre me contó a mí, y yo les cuento a ustedes...(...) el enigma de una mujer es... otra mujer... Y el cuento es más viejo que el tiempo, y el tiempo no tiene fin. Y el fin es acabar con el cuento. Y el cuento debe ser uno nuevo... y lo nuevo está por verse». De tan sencillo

modo, la autora portorriqueña enuncia lo que es sostenida aspiración en las mujeres más conscientes de su realidad en el mundo: acabar con las inercias. Desde los tiempos seculares en que la forma de gobierno particular y pública emanaba exclusivamente de la razón patriarcal, estuvimos condenadas al desconocimiento mutuo y a las culpabilidades recíprocas, abocadas a repetir el estereotipo referencial sin cuestionarlo, sin sospecha. Acabar con el cuento implica acabar con innumerables cuentos ligados a éste. Es sólo una fase de la ingente tarea de resignificación del imaginario social que nos implica a quienes entendemos el teatro como un lugar de construir opciones a un tiempo éticas y estéticas. Es una fase constantemente amenazada por la ola de comediógrafos que siguen cosechando pingües beneficios a base de ofrecer el mismo estereotipo sexista de siempre, tras someterlo a una sibilina operación de maquillaje actualizado. De nuevo aquello de los mismos perros con diferentes collares. Y yo me pregunto si va a llegar verdaderamente eso nuevo que está por veras sin que los intentos de renovación que venimos proponiendo las mujeres puedan someterse a la prueba de los diferentes públicos y las diferentes críticas.

En Cincinnati, la totalidad de muje-

res a cuyas ponencias asistí denunció la desigualdad de oportunidades que soportan en el medio teatral de sus respectivos países. Nada más significativo, esa cuestión, común por sobre el ancho y diverso mundo de habla española. Cuando la fuerza creadora de las mujeres pugna por salir se detectan varios fenómenos de soterrada resistencia: obstaculizar la transmisión es el de mayor entidad y sin embargo suele producirse de forma tácita, oculto en un conjunto de circunstancias. En los últimos tiempos y ante la insoportable repetición en los escenarios de prototipos tradicionales, me he preguntado si tras toda esa imaginativa nomenclatura de estéticas del cansancio, saberes de la caducidad y eras del vacío no se agazapa la angustiada incertidumbre del cambio de paradigma teórico en ebullición. Personalmente he coincidido por completo con Aleyda Morales: las mujeres lo estamos inaugurando y experimentando todo desde nosotras mismas en esta época contemporánea, y nuestros intereses, nuestra expresión estética, no puede estar del lado del pesimismo o de un estar de vuelta hastiado, que, de nuevo sesgadamente, parece acaparar hegemonías en tendencias teatrales dominantes. A mi juicio, es el propio concepto de lo contemporáneo teatral lo que está en juego.